

LAS SOCIEDADES GLOCALIZADAS DEL IMPERIO: UNA APROXIMACIÓN POLI(É)TICA

Pablo Ródenas Utray

prodenas@ull.es

RESUMEN

Si se parte del doble supuesto de que la violencia ilegítima es la matriz del mal social contemporáneo y de que esa violencia se transfiere de forma transversal a todos los ámbitos de nuestros mundos de la vida, entonces la estructura política del mundo se erige como el contexto constituyente de toda violencia. Desde un punto de vista poli(é)tico, esa estructura es teorizada —a partir de los estudios empíricos de Chalmers Johnson, Michel Mann y Niall Ferguson— como la propia de un «mundo de sociedades glocalizadas del imperio». Surge esta interpretación de un modo particular de combinar «visión» y «mirada». La visión —como cuestión de articulación y contenido— se fija en lo nuclear, el *imperio*. La mirada —como cuestión de perspectiva y forma— se dirige a la *glocalización* del conjunto de la red mundial núcleo-periferia. Las sociedades glocalizadas del imperio quedan definidas así a nivel planetario por un orden mundial conformado en sentido estricto por una nueva estructura política imperial de coerción militarista y de hegemonía capitalista.

PALABRAS CLAVES: violencia, imperio, glocalización, militarismo, poli(é)tica.

ABSTRACT

«The empire glocalized societies: a poli(e)thical approach». Working on the assumption that both illegitimate violence is at the core of the contemporary social evil and it is transferred all along the whole areas of our worlds of life, the consequence would be that the political structure of the world becomes into the context that constitutes all kinds of violence. From a poli(e)thical point of view, this structure is theorized —following the empirical studies by Chalmers Johnson, Michel Mann and Niall Ferguson— as one belonging to a «world of empire glocalized societies». This interpretation arises from a particular way of combining «vision» and «look». The vision —understood as articulation and content— focuses on the nuclear, the *empire*. The look —understood as perspective and form— focuses on the *glocalization* of the worldwide net core-periphery. Consequently, the empire glocalized societies are defined by a worldwide order shaped in strict sense by a new political and imperial structure of militarist constraint and capitalist hegemony.

KEY WORDS: Violence, empire, glocalization, militarism, poli(e)thics.

Unas palabras de Robert Musil encajan bien como frontispicio de este escrito¹, ya que tienen bastante que ver con lo que se dirá a continuación. En *El hombre sin atributos* Musil escribió: «Si se da, pues, el sentido de la realidad, y nadie



dudará que tiene su razón de ser, se tiene que dar por consiguiente algo a lo que se pueda llamar el sentido de la posibilidad [...] Así cabría definir el sentido de la posibilidad como la facultad de pensar en todo aquello que igualmente podría ser, y de no conceder a lo que es más importancia que a lo que no es»². Retengo de entrada esta referencia a la facultad humana de pensar la unidad de la diferencia entre lo fáctico y lo contrafáctico porque soy de la opinión de que sólo simultaneando, en su diferencia y en su unidad, el sentido de la realidad y el sentido de la posibilidad, de forma equilibrada y reflexiva, en sus mediaciones, se puede lograr una argumentación poli(é)tica satisfactoria respecto a los desafíos de la justicia.

I. PLANTEAMIENTO SITUACIONAL: VIOLENCIA BELICISTA GENERALIZADA

El problema en el que voy a centrarme es el de la caracterización contextual en la que se ejerce la violencia en todas las escalas de extensión e intensidad, es decir, con más precisión, el problema de la generalización de la violencia belicista como principal constituyente del mundo planetario, nuestro actual mundo global de la vida.

¿A qué me refiero con esta expresión? Abocetaré algunos de sus referentes haciéndome eco de unas palabras de Ulrich Beck. En *La mirada cosmopolita* anotó:

Más de tres mil millones de seres humanos —aproximadamente la mitad de la población mundial— viven desposeídos de sus derechos, y ni siquiera se plantean recuperarlos; en consecuencia están a la orden del día toda clase de violaciones. Entre estas figuran: torturas, genocidios limpiezas étnicas, ejecuciones masivas, desapariciones sin dejar huella, asesinatos políticos, violencia contra niños, estupro, tráfico de personas, esclavitud, encarcelamiento ilegal, trato ilegal de refugiados solicitantes de asilo y de migrantes, asesinatos de personas discapacitadas, robos violentos y tráfico de órganos, explotación de prostitutas y, por último pero no menos importante, la muerte masiva producida por el círculo diabólico de la pobreza, el hambre y las enfermedades.

Detrás de este bosquejo, Beck añadió dos apreciaciones más, de gran importancia para la interpretación del sombrío panorama que conforma lo que llamo violencia belicista: «Todos los análisis confirman este resultado: la violación de derechos fundamentales no deja de aumentar, y, en los Estados donde está a la orden del día, todavía más. En la actualidad —apuntó, además—, estamos asistiendo al nacimiento de una nueva lógica del *do ut des*: cerrar los ojos, en determinadas ocasiones, ante las violaciones de los derechos humanos»³.

¹ Una versión anterior de este trabajo fue presentada en el *IX Simposio de la Asociación Iberoamericana de Filosofía Política* «Los desafíos de la justicia y las políticas para una cultura de la paz», celebrado del 19 al 21 de octubre de 2005, en Unisinos, Porto Alegre (Brasil), con el título de «Guerra y transferencia (Sobre la transversalidad de la violencia bélica)».

² MUSIL, R. (1952), *El hombre sin atributos*, Barcelona, Seix Barral, 2002, p. 18.

³ BECK, U., *La mirada cosmopolita o la guerra es la paz*, Barcelona, Paidós, 2005, p. 195.



La relevancia del amplio conjunto de fenómenos que conforman la violencia belicista queda en evidencia —una evidencia trágica— con esta enumeración dictada por el sentido de la realidad. Y más aún, con el subrayado de que se trata de fenómenos que en el mundo actual tienden cuantitativa y cualitativamente a crecer y que incorporan muchas veces un dispositivo especial de invisibilización. Dos preguntas poli(é)ticas se plantean entonces: i) ¿cómo es posible que la violencia belicista que nos anega pueda hacerse las más de las veces invisible, precisamente en la época en que vivimos, la de las sociedades informacionales del espectáculo, como las he llamado en ocasiones?; y ii) aunque esa violencia belicista que supura por casi todos los intersticios de las sociedades fuese visible, ¿acaso se puede contribuir hoy de verdad a su resolución?

En primera instancia, mi respuesta a estas preguntas no desconoce que son muchos los planos de la acción humana desde los que se puede —como es obvio— bregar por la erradicación de las diferentes formas de violencia. Y mi respuesta pasa por reconocer y apreciar que son muchísimas las personas que en este mundo, con gran sensibilidad y coraje, se dedican en cuerpo y alma a intentar su atenuación en la acción directa contra toda clase de violencia. Sin embargo, he de añadir de inmediato que aunque casi todo lo que se hace puede ser bien intencionado, no es suficiente. A veces, incluso, es innecesario (e inocuo, cuando no problemático o contraproducente). Pondré un ejemplo de esto último, pues ilustra bien los efectos paradójicos y hasta perversos que pueden acompañar a algunas de las políticas que se enmarcan de una u otra manera en el que se autodenominó «conservadurismo compasivo»: si hoy una ONG compra esclavos para liberarlos, como ha ocurrido en algunas zonas de África⁴, ¿se está debilitando o acrecentando el mercadeo esclavista? Este ejemplo nos lleva a comprender por qué las políticas de sólo buena voluntad son insuficientes. Recuérdese que cuando Immanuel Kant concedió que lo único que podía ser tenido por bueno sin restricción alguna era la «buena voluntad» no estaba pretendiendo instaurar la fórmula magistral de toda buena política⁵; demasiado sabía que la buena política, es decir, la política justa, también requería de otros ingredientes mucho más difíciles de elaborar y amalgamar. El caso extremo de esta dificultad se encuentra hoy en la construcción de políticas duraderas de resolución de la violencia belicista.

Dicho en términos fuertes: el crecimiento y la invisibilización de la violencia bélica nos obliga de forma imperativa a replantear el decir político convencional que acompaña al hacer político hegemónico. Máxime cuando en la actualidad se trata de maneras de decir que se nos presentan inmersas en un aluvión mediático como el que estamos soportando desde el 11 de septiembre de 2001, un aluvión que es políticamente correcto e inoperante en el mejor de los casos; hipócrita, embaucador y malévolos en el peor. Y lo peor que pueden hacer la ciencia y la filosofía

⁴ Al final de los años noventa del pasado siglo la ONG Christian Solidarity International se dio a conocer al informar de su dedicación a la compra de esclavos en Sudán para liberarlos.

⁵ KANT, I. (1785), *Fundamentación para una metafísica de las costumbres*, Madrid, Alianza, 2002, A1, A2 y A3.

es autoengañarse. Es decir, mi respuesta a las preguntas por los mecanismos de invisibilización y por las políticas de resolución apunta a la crítica radical de esa avalancha verbalista, en la que —hay que señalarlo— se integran buena parte de los mandarines del pensamiento científico y filosófico contemporáneo⁶. Casi únicamente se filtran mensajes maniqueos y adormecedores en la comunicación masiva, cargada de las estigmatizaciones religiosas (que inicialmente provienen del lenguaje de cómic de personajes mediáticos poderosos, como Bush, Bin Laden o Chávez, y que luego se extienden como una epidemia tóxica). La razón estriba en que ese ruido discursivo se ha convertido en un casi insalvable obstáculo teórico para afrontar con legitimidad y eficacia nuevas prácticas contrarias —de derecho y de hecho— a la violencia belicista. Porque precisamente, legitimidad y eficacia son rasgos imprescindibles que brillan por su ausencia en las políticas de la inmensa mayoría de las grandes agencias gubernamentales y empresariales del mundo.

Es ineludible, pues, el imperativo de salvar ese obstáculo teórico que representan los discursos y conceptos estándar. Salvarlo de forma no sólo crítica, sino también reconstructiva. Porque lo que está en juego aquí es la pugna en la construcción de las narrativas que dan sentido y legitiman nuestra percepción de la realidad⁷. Lo que está en juego aquí es la pugna en la construcción de las narrativas que dan sentido y legitiman nuestra percepción de la realidad. El 11 de septiembre de 2001 fue una fecha bisagra: no sólo fue un momento de devastación de las vidas y entornos; también destruyó la vieja narrativa que constituía a la nación (de naciones) estadounidense como sociedad cohesionada, hasta el punto de que —como ha escrito Fernando Quesada— no puede pasar inadvertida la homología que se puede establecer entre la devastada «zona cero» de Nueva York y el destructor «punto cero» del relato de la creación, un relato que entrelazaba el *mito fundacional de la génesis*

⁶ Véase, a título de ejemplo, la deriva de André Glucksmann, quien, al cierre de la revisión de este artículo, escribe (bajo el título de «El desafío del siglo XXI») lo siguiente: «El malestar es universal. La conmemoración mediática del quinto aniversario del ataque a Nueva York y Washington se convirtió por momentos en una sesión de exorcismo, en la que el presidente americano era el perfecto chivo expiatorio [...] Las 3.000 víctimas del 11-S fueron inmoladas por la 'arrogancia' norteamericana, cinco años más tarde la víctima se ha convertido en verdugo. Antaño se clavaban agujas a un muñeco para conjurar la mala suerte y matar a los espíritus malignos. En nuestros días se apostrofa al supuesto Dueño del Mundo reprochándole un uso abusivo de su 'hiperpotencia'» (*El País*, 27-9-2006). Esta maniquea acusación se publicó el mismo día en el que el Congreso estadounidense aprobó una nueva ley que da al Gobierno de EEUU la autoridad para detener, interrogar y enjuiciar a los sospechosos de terrorismo y llevarlos ante tribunales militares. Según recoge la prensa del día siguiente, «la Unión Estadounidense para las Libertades Civiles (ACLU) dijo que la medida es 'un drástico revés para los derechos humanos' porque, entre otras cosas, da al Ejecutivo 'licencia para minar la protección de los derechos humanos bajo la Convención de Ginebra'» (*El País*, 28-9-2006).

⁷ De ahí la importancia de la crítica democrática del occidentalismo y mi interés por autores como Samir Amin, Amin Maalouf, Arundhati Roy, Edward Said, Amartia Sen, Vanda Shiva, etcétera, autores de orientaciones bien diversas —más adelante citaré a algunos— pero que comparten un mismo denominador común: hacer como demócratas una crítica lúcida de algunos de los más inconfesados y más autocomplacientes esquemas falsamente universalistas del pensamiento occidental.

con el *mito constituyente de la soberanía*, para autocomprenderse así como «pueblo elegido» y «nuevo Israel»⁸. El ruido mediático posterior a esa fecha expresa lo que se está fraguando actualmente en el horno de las ideas: unas nuevas narraciones angelicales —y contranarraciones demoníacas, pues no se puede olvidar las versiones que los fundamentalismos tipo Al Queda propagan de los Estados Unidos y de Occidente—, narraciones que, a partir del sinsentido y caos del presente, tratarán de dar un nuevo sentido al orden político del mundo del siglo XXI. Los peligros de estas mitómanas narrativas en ciernes exigen, como digo, la imperativa apelación al análisis —constante, crítico y reconstructivo— del nuevo orden geopolítico mundial, que también es —como señalaba— un nuevo orden biopolítico: se trata de idear así narrativas incluyentes y democráticas, es decir, reflexivas y autocríticas.

Los peligros de estas míticas narrativas en ciernes exigen, como digo, la imperativa apelación al análisis crítico y reconstructivo. Por ello, lo que aquí trataré de presentar es una especie de cartografía hermenéutica sobre la cuestión de la violencia belicista, aunque sólo en su primera parte, la que se ocupa del problema de *cómo interpretar la estructura política del mundo actual en tanto que contexto constituyente de la violencia ilegítima* (en el último apartado, a modo de epílogo, se aboceta la parte restante)⁹. Son todas cuestiones que se mueven a lo largo del segmento que va y viene de la geopolítica a la biopolítica¹⁰, pero que trato de afrontar desde la perspectiva que desde hace tiempo llamo el punto de vista poli(é)tico¹¹. Advierto que mi análisis, conjugando los sentidos de la realidad y de la posibilidad (aunque en la parte que voy a desarrollar poniendo más el acento en el primero de estos sentidos), tendrá la abstracción prototípica de la interpretación, es decir, de la teorización. Recuérdese que *theoría* era para los griegos clásicos «lo que se ve», el resultado de la mirada de los hombres hacia su propia experiencia del mundo. Pero no la mirada-que-no-ve, que es el dispositivo de la invisibilización, sino de la mirada-que-ve, que es el de la interpretación. Como ha escrito Emilio Lledó:

Cada lenguaje que no está inmediatamente condicionado por una referencia a lo real, y que no agota su significatividad en la verificabilidad concreta de ese acto de referencia, crea un espacio nuevo, un territorio en el que su verdad es la verdad del

⁸ QUESADA, F., «11 de septiembre. El fundamentalismo en EEUU: mito fundacional y proceso constituyente», en RUITORT, B. (ed.), *Conflictos bélicos y nuevo orden mundial*, Barcelona, Icaria, 2003.

⁹ La parte segunda se ocupa, por un lado, de desarrollar el análisis del problema de la guerra en tanto que violencia generalizada y de la violencia en tanto que matriz del mal social contemporáneo y, por otro, de un aspecto derivado que viene a complicarlo todo: el problema de la transferencia y transversalidad de la violencia ilegítima al resto de las esferas de nuestros mundos de la vida.

¹⁰ En realidad, ese segmento (en cuyos extremos he situado la geopolítica y la biopolítica) forma parte de un triángulo en cuyo tercer vértice hay que considerar a la ecopolítica. Si la geopolítica se ocupa de la dimensión espacial de los órdenes de poder y la biopolítica de la dimensión existencial de los mundos de la vida individuales y sociales, la ecopolítica introduce la dimensión material de los sistemas económicos y sus entornos ecológicos.

¹¹ Véase «Defensa de la poli(é)tica», *Isegoría*, 30: 219-227, 2004.



universo lingüístico creado, del mundo que levantan las palabras más allá del cerrado ámbito de sus fugaces referencias¹².

Necesitamos ese «espacio nuevo», ese «mundo levantado por las palabras» que surge del sentido de la posibilidad y que está más allá del clausurado campo de la chata realidad que nos ahoga. Immanuel Wallerstein gusta citar a Ilya Prigogine cuando afirma: «La naturaleza está ciertamente relacionada con la creación de la novedad impredecible, en donde lo posible es más rico que lo real»¹³.

Para indicar tan sólo el trecho que existe entre la botella medio vacía en relación a la botella medio llena, es decir, entre el sentido de la posibilidad en relación al sentido de la realidad, mencionaré unas palabras de John Rawls que no sólo marcan el problema del mal social sino que también se adentran en la perspectiva de su resolución, desde un constructivismo al que llama «utopía realista» o «realismo utópico». En *El derecho de gentes* escribe:

Dos ideas principales motivan el derecho de gentes. Una es que los grandes males de la historia humana —guerra injusta y opresión, persecución religiosa y denegación de la libertad de conciencia, hambre y pobreza, genocidio y asesinato en masa— se derivan de la injusticia política y de sus crueldades y atrocidades¹⁴.

Sin entrar en la peculiar teorización de Rawls, tenemos ahí tanto un listado bastante completo de «los grandes males» de la humanidad cuanto un apunte ciertamente adecuado de la dirección en que han de resolverse; se trata de iniciar el camino hacia una «sociedad de los pueblos» ordenada según el «derecho de gentes», entendiéndolo como una concepción política particular de la equidad y la justicia que se aplique a los principios y normas del derecho internacional y a su práctica. En mis términos, pues, la violencia belicista en un polo y la justicia equitativa en el polo opuesto, bajo la mediación de la política del derecho y de los derechos.

II. EXPLICACIONES CONTEXTUALES: ESTRUCTURA DE NUESTRO MUNDO POLÍTICO DE LA VIDA

Entonces, ¿cómo hemos de interpretar la estructura política del actual orden mundial, en tanto que contexto determinante de la vida de los individuos/personas reales que son tratados o aspiran a serlo como ciudadanos? En definitiva, ¿en qué mundo social de la vida coexistimos a escala planetaria¹⁵? Se trata del *mundo*

¹² LLEDÓ, E., *Elogio de la infelicidad*, Valladolid, Cuatro, 2005, p. 26.

¹³ WALLERSTEIN, I., *La decadencia del imperio. EEUU en un mundo caótico*, Nafarroa, Txalaparta, 2005, p. 228; y Prigogine, I., *El fin de las certidumbres*, Madrid, Taurus, 1997, p. 79.

¹⁴ RAWLS, J., *El derecho de gentes y 'Una revisión de la idea de razón política'*, Barcelona, Paidós, 2001, p. 16.

¹⁵ Como se ve, no menciono de forma explícita el mundo como un «mundo de estados», para no incurrir así en la habitual y reductiva perspectiva estado-céntrica. Cuando me refiero a la idea





de las sociedades informacionales del espectáculo, entendido como conjunto de sociedades en red que han hecho del espectáculo su imagen, y que han incorporado como principales lineamientos (o rasgos dinámicos) estos cuatro: i) la nueva tecnología de la revolución informacional, ii) la nueva economía del ultracapitalismo reestructurado, iii) la nueva cultura del consumismo masificado, y iv) la nueva violencia belicista que impregna las relaciones intra e interindividuales y societales¹⁶. A este mundo lo denomino también con más amplitud como *mundo de las sociedades glocalizadas del imperio*, acentuando en este caso el análisis de la *red* que liga y condiciona a las sociedades. Y es precisamente la segunda de estas denominaciones la que quiero defender y justificar, puesto que su defensa y justificación se presenta ahora como una tarea más factible que unos años atrás, cuando por primera vez lo intenté.

Al poner el énfasis en este escenario, el de la realidad *imperial* del mundo de nuestro tiempo, trato simultáneamente de rebajar el acento que se ha puesto desde los primeros años noventa en las otras dos perspectivas holistas hasta hace poco predominantes en la geopolítica crítica, una que da primacía a lo económico y otra que la da a lo cultural. Me refiero a las prácticas de globalización capitalista, de un lado, y las teorías del choque de civilizaciones, del otro, que en conjunto son los tres escenarios que algunos autores —como el geopolitólogo John Agnew¹⁷— plantean como alternativos. Las teorías del choque de culturas son teorías occidentalistas ideologizadas que carecen —en mi opinión— de suficiente fundamento empírico (otra cosa sería su conversión en estrategias políticas que traten de justificarse parcialmente en tanto que profecías que se autocumplan). Las prácticas de la globalización económica son —en cambio— bien reales, pero a mi juicio no tienen el potencial explicativo holista que se ha pretendido. Sin embargo, no ocurre ninguna de las dos cosas cuando nos referimos al escenario político mundial del presente como una realidad imperial omniabarcante en su diversidad, multifactorialidad y sobredeterminación.

Hay que señalar que la literatura actual confirma que expresiones complacientes como «super o hiperpotencia que es hegemónica en el mundo», o como «sistema mundial que es unimultipolar», u otras semejantes, no son más que formas eufemísticas de referirse a la reciente *consolidación de Estados Unidos de Amé-*

de «mundo social de la vida», aplicada a la interacción de los individuos y sociedades concretas a escala planetaria, también trato de que no se confunda con una quimérica «sociedad civil global», ya que la distinción entre «sociedad civil» y «sociedad política» (o «estado») me parece un dogma del que hay que ir prescindiendo a partir de su crítica y reconstrucción (RÓDENAS, P., «Dos dogmas del racionalismo político», en GARCÍA-MARZÁ, D. y GLEZ. ESTEBAN, E., *Entre la ética y la política: éticas de la sociedad civil*, Castelló de la Plana, Universitat Jaume I, 2003).

¹⁶ A mi juicio, el cuarto lineamiento —la nueva violencia belicista— atraviesa y por tanto sobredetermina a los tres restantes (la tecnología, la economía y la cultura hegemónicas en el mundo de las sociedades actuales), así como a su imagen espectacular (véase el trabajo paralelo a éste: «La sociedad informacional del espectáculo: una aproximación poli(é)tica», *Laguna. Revista de Filosofía* 7: 13-38, 2000).

¹⁷ AGNEW, J., *Geopolítica. Una re-visión de la política mundial*, Madrid, Trama, 2005, p. 137 y ss.

rica como un nuevo imperio mundial. Se trata de un imperio que unos u otros pueden juzgar con mayor o menor benevolencia, pero cuya existencia ya se empieza a admitir de forma casi generalizada¹⁸. Éste es un hecho construido sobre base empírica, verificable de forma científica más allá del ambiguo debate entre «americanismo» y «antiamericanismo». Por eso se erige como mi *primera tesis*, una tesis que se apoya en estudios reconocidos y datos contrastados. Porque el sentido de la realidad empieza a imponerse, al menos en esta cuestión¹⁹. En general, se coincide en que son los estadounidenses los que han tenido durante todo el siglo xx la mayor tendencia a negar la naturaleza protoimperial de su progresivo y *sui generis* expansionismo nacionalista en todos los ámbitos²⁰. Hasta el 11 de septiembre de 2001. Porque desde entonces los propios usamericanos están perdiendo todo su anterior pudor y están pasando poco a poco a autocomprenderse y reafirmarse en su nueva narrativa como un imperio, pero *un imperio de nueva naturaleza, no diseñado a imagen y semejanza de los imperios hasta ahora conocidos*²¹. Así lo señalan muchos intérpretes y, en concreto, los tres muy diferentes

¹⁸ En lo que sigue defiende con carácter general que todo imperio identificado de forma empírica realizará consecuentes políticas imperialistas y que toda política imperialista identificada de manera empírica provendrá de un imperio. Esto, que en términos amplios y no valorativos debería resultar del todo obvio, no lo es tanto desde el momento en que surgen y resurgen —como tendré ocasión de explorar más adelante— nuevos y viejos planteamientos economicistas relativos a la existencia tanto de un «imperio sin imperialismo» como de un «imperialismo sin imperio». Y parte del problema surge, aunque no todo, de la incapacidad de distinguir el imperialismo militar del económico. Chalmers Johnson, un autor al que daré aquí gran relevancia, ha escrito: «La forma más simple de definir el imperialismo es como la dominación y explotación de los estados más débiles por parte de los más fuertes» (y supongo aquí que los «estados más débiles» admiten e impulsan la transferencia de esa «dominación y explotación» a sus individuo/personas), de modo que su tesis dice: «El imperialismo contemporáneo se manifiesta de formas distintas y cambiantes, y ninguna institución en concreto —a excepción del militarismo— define el fenómeno en toda su magnitud» (JOHNSON, Ch., *Las amenazas del imperio. Militarismo, secretismo y fin de la república*, Barcelona, Crítica, 2004, pp. 38-40).

¹⁹ Como es obvio, persisten las resistencias a esta denominación, casi siempre en nombre del «hegemonismo». Un buen ejemplo lo constituye el artículo de Danilo ZOLO, «Usi contemporanei di 'impero'» (*Filosofia Politica* 2: 183-198, Bologna, 2004). Zolo ha matizado su punto de vista en la entrevista que nos concedió («Universalismo y 'pluriversalismo' ante el nuevo orden mundial. Entrevista a Danilo Zolo», *Revista Internacional de Filosofía política* 27: 187-202, 2006).

²⁰ Esto mismo ocurrió también con los soviéticos en relación a su propio imperio, hasta su desmoronamiento entre 1989 y 1991. Huelga decir que gran parte de las derechas e izquierdas del resto del mundo tendieron también durante el largo período de la Guerra Fría a negar irreflexivamente el «imperialismo del imperio» al que se adherían, para cuestionar el contrario. El eufemismo más común por entonces era llamar a los imperios «bloques», y, de forma deplorable, «bloque socialista» al impero del este euroasiático (cuyo imperialismo era calificado de forma no menos eufemística como el «internacionalismo» del «socialismo realmente existente»).

²¹ En la entrevista antes citada Zolo señala con razón: «El lema 'imperio', tal como se usa hoy en Occidente, presenta valores semánticos que en gran parte no coinciden con las acepciones de 'imperio' y de 'imperialismo' características del pensamiento marxista y ampliamente difundidas en el siglo pasado. Respecto a las teorías marxistas, los usos recientes son menos ambiciosos en el plano político y también menos elaborados en el plano teórico, pero precisamente por esto desarrollan relevantes funciones simbólicas y comunicativas».



autores que voy sobre todo a tener en cuenta: primero, tanto al historiador Niall Ferguson como al sociólogo Michael Mann, que se mueven en una perspectiva liberal-conservadora el primero y social-liberal el segundo; y luego, el politólogo Chalmers Johnson, que se manifiesta desde un punto de vista liberal. Como se verá, estos tres investigadores sustentan interpretaciones muy informadas, interpretaciones que siendo discutibles —por definición— se apoyan en un material empírico poco discutible y de mucha relevancia²².

En *Coloso*, obra de 2004 que lleva el no menos significativo subtítulo de *Auge y decadencia del imperio americano*, el liberal-conservador Ferguson parte y defiende la tesis tan bien documentada como argumentalmente falaz de que *Estados Unidos es ya un imperio* y que además es un *imperio necesario para el mundo del siglo XXI*. Con la particularidad de que sería un imperio indirecto e informal, democrático y liberal.

Lo que el mundo necesita hoy no es cualquier tipo de imperio —escribe—. Lo que necesita es un imperio liberal, es decir, uno que no sólo apoye el libre intercambio internacional de productos, mano de obra y capital sino que también cree y defienda las condiciones sin las cuales no pueden funcionar los mercados: paz, orden, imperio de la ley, administración honesta, políticas fiscales y monetarias estables, así como proporcionar servicios públicos, tales como infraestructuras de transportes, hospitales y escuelas, que de otro modo no existirían²³.

Por extraño que a algunos pueda parecer, a juicio de este autor el imperio USA satisface casi todas esas condiciones:

Estados Unidos —escribe— tiene buenas razones para desempeñar el papel de imperio liberal, tanto desde el punto de vista de su propia seguridad como desde el del altruismo simple. En muchos sentidos está también excepcionalmente bien dotado para desempeñarlo²⁴.

Sólo tiene un punto débil y que es una amenaza para la estabilidad mundial: los estadounidenses se resisten a aceptar con todas sus consecuencias la —a juicio de Ferguson— benigna naturaleza imperial de su propio estado. Parecen vincular todavía en su inconsciente la noción de imperio con la de «imperio del mal», como repetía la propaganda política occidental que predominó durante la Guerra Fría. Y esto les lleva a no asumir con la coherencia debida su alta responsabilidad epocal.

En cualquier caso, la interpretación de Ferguson no duda de la naturaleza imperial de Estados Unidos. Simplemente se limita a embellecer su imperialismo calificándolo de «demócrata» y «liberal»; y a lamentar que no asuma con todas sus

²² Al tiempo, véase: John B. FOSTER, «La élite política se declara imperialista», en S. AMIN y otros, *Neoimperialismo en la era de la globalización*, Barcelona, Hacer, 2004. Agradezco a Jorge Rodríguez Guerra el haberme llamado la atención sobre estas obras.

²³ FERGUSON, N., *Coloso. Auge y decadencia del imperio americano*, Barcelona, Debate, 2005, p. 48.

²⁴ *Ibid.*, p. 405.



consecuencias el unilateralismo o unipolarismo, concebido como «hipocresía organizada», que se habría de enfrentar no al multilateralismo o multipolarismo (que sólo es un «velo» en su opinión para encubrir los vanos intentos de frenar —desde la ONU y otras instituciones mundiales o continentales— el poder estadounidense), sino al verdadero enemigo mundial, el alateralismo o apolarismo, el «vacío de poder», la «anárquica edad de las tinieblas» que desde su punto de vista nos esperaría sin fracasarse el nuevo imperio mundial estadounidense²⁵.

También Michael Mann, pero desde una postura social-liberal completamente diferente, coincide en ratificar la naturaleza imperial de Estados Unidos, aunque le niega ese pretendido carácter benevolente. En su libro *El imperio incoherente*, publicado en 2003, declara desde la primera página:

Espero convencerles —al menos a ustedes, ciudadanos y votantes de varios países— de que Estados Unidos ha exagerado mucho sus poderes, de que sólo es capaz de fundar un imperio militar, y no uno benévolo, y de que se encamina a destruir muchas vidas, incluyendo las de estadounidenses y británicos, antes de terminar socavando los fundamentos de su propio poder²⁶.

Se observa, pues, que Mann, no menos documentado que Ferguson y mucho más crítico, pone el acento en la naturaleza imperial y el carácter falsamente benévolo del nuevo imperialismo usamericano. Su libro se consagra a defender la tesis de que: «El imperio estadounidense resulta ser un gigante militar, un conductor desde el asiento de atrás de la economía, un esquizofrénico político y un fantasma ideológico. Todo ello da lugar —argumenta— a un monstruo trastornado y deforme que avanza dando tumbos por el mundo»²⁷.

No me voy a detener en su análisis de cómo la mayor economía del planeta amenaza y está siendo amenazada por sus objetivos de derroche belicista y de rapiña crematística²⁸. Tampoco en su visión de cómo la política subvierte de hecho el derecho internacional, haciéndose cada vez más intervencionista y menos aceptada en el mundo. Y asimismo no me voy a demorar en cómo predomina entre los usamericanos una ideología que califica de «farisaica», ignorante y atemorizada²⁹. Doy por válido su triple análisis. Porque tan sólo quiero retener aquí el argumento central de este autor: el nuevo imperialismo estadounidense es «incoherente» por todo lo anterior y, sobre todo,

²⁵ A este respecto véase: «¿Es el inicio de la gran guerra?», Niall FERGUSON (*La Vanguardia*, 23-1-06).

²⁶ MANN, M., *El imperio incoherente. Estados Unidos y el nuevo orden internacional*, Barcelona, Paidós, 2004, p. 9.

²⁷ *Op. cit.*, p. 26.

²⁸ En *El nuevo imperialismo*, David Harvey defiende la acertada tesis de «la acumulación por desposesión mediante privatización» (HARVEY, D., *El nuevo imperialismo*, Madrid, Akal, 2004), que ilustra esa «rapiña crematística». La entenderé como violencia belicista transferida al espacio económico.

²⁹ Emilio Lledó acuñó el término «aterrorismar» para señalar las nuevas políticas del miedo que ligam el «atemorizar» y el «aterrorizar» (cf. «Aterrorismar», *El País*, 6-9-2005).

porque «se ha convertido en puro militarismo». Esto es lo esencial de su interpretación: el *nuevo militarismo*:

posee las debilidades y las fortalezas características del militarismo: el poder pero no la autoridad, y una brutal arrogancia que lo lleva a una excesiva confianza y, en última instancia, a un orgullo desmesurado y al desastre. Mientras que en el pasado reciente el poder estadounidense era hegemónico —era aceptado por costumbre y con frecuencia considerado legítimo en el extranjero—, ahora se impone a punta de pistola. Esto socava la hegemonía y la pretensión de ser un imperio benevolente. La incoherencia demostrada por sus poderes militar, económico, político e ideológico le obliga a retirarse a su refugio más seguro, la devastación militar ofensiva³⁰.

De esta manera, Mann concluye su análisis aseverando que el nuevo militarismo no puede traer orden al mundo, menos aún al Oriente cercano y medio. Además, piensa que va a incrementar con bastante probabilidad el terrorismo internacional y el terrorismo de estado, y a provocar un efecto *boomerang* en todo el mundo contra sus propios intereses. Ya lo dijo en cierta ocasión de forma directa Arundhati Roy:

Ocasionalmente invitan a algunos de nosotros a ‘debatir’ el asunto en plataformas ‘neutrales’ provistas por los medios corporativos. Debatir el imperialismo es un poco como debatir los pros y contras de la violación. ¿Qué podemos decir? ¿Qué realmente la extrañamos? En cualquier caso, el nuevo imperialismo ya está aquí. Es una versión remodelada, aerodinámica, de lo que alguna vez conocimos. Por primera vez en la historia, un solo imperio, con un arsenal de armas que podría arrasarse con el mundo en una tarde, tiene una absoluta hegemonía unipolar económica y militar. Usa diferentes armas para abrir a la fuerza diferentes mercados. No existe país en la tierra de Dios que no esté en la mira del misil crucero estadounidense y la chequera del FMI. Argentina era el modelo a seguir si quieres ser el chico predilecto del capitalismo neoliberal; Irak, si quieres ser la oveja negra³¹.

Una investigación más relevante aún que las de Ferguson y Mann es —a mi juicio— la del liberal Chalmers Johnson, investigación recogida en su excelente obra *Las amenazas del imperio*, de 2004, que lleva un subtítulo no menos expresivo, *Militarismo, secretismo y fin de la república*. Hay que decir que Johnson, un antiguo profesor de Berkeley actualmente emérito de la Universidad de California, reconoce no haber prestado atención al carácter militarista del nuevo imperio hasta 1996, habiendo sido además consultor de la CIA desde el 67 al 73. Sin embargo, su investigación, entre el escepticismo y la perplejidad, es de una lucidez autocrítica digna de encomio. Empieza *Las amenazas del imperio* con estas palabras:

A diferencia de otros pueblos, la mayoría de los estadounidenses no admite —o no desea admitir— que su país domina el mundo a través de su poderío militar. De-

³⁰ MANN, *op. cit.*, p. 291.

³¹ ROY, A., «Un arma que necesita ser afilada», *Foro Social Mundial*, Mumbai, www.forumsocialmundial.br, 2004.



bido al secretismo del gobierno, los norteamericanos desconocen a menudo el hecho de que éste posee cuarteles en cada rincón del planeta. No se percatan de que la gigantesca red de bases militares estadounidenses, a excepción de la Antártica, presente en todos los continentes, constituye en realidad una forma de imperio³².

Así, la tesis que expone este autor, documentada de forma exhaustiva, no sólo revela con sentido de la realidad el carácter *militarista* del nuevo imperio usamericano, sino que con sentido de la posibilidad sugiere —sin necesidad de especular de manera arbitraria— lo que pudo ser y no fue en la historia reciente de Estados Unidos, junto a lo que podría ser en la bifurcación tanto en sentido antidemocrático como democrático. En síntesis, en lo que ahora interesa subrayar, Johnson argumenta estos seis puntos:

Primero. El imperio mundial estadounidense, que sustituyó al inglés y se enfrentó con éxito primero al germano-italiano-japonés y luego al soviético, es un *imperio de nuevo tipo, de carácter militarista*. Se trata de un imperio que se asienta en bases militares y no en territorios colonizados y emigración hacia éstos. Es un imperio que en su aspecto militarista arrancó de la guerra contra España en Cuba y Filipinas, en 1898, y que se asentó y fue consolidando durante las guerras del siglo xx. «La primera guerra mundial dio lugar —escribe Johnson— a los fundamentos ideológicos del imperialismo americano, la segunda guerra mundial desencadenó su creciente militarismo»³³.

Segundo. Este imperio fue sometido a una «revolución» desde 1989 a 2002³⁴ —con más propiedad, una auténtica *contrarrevolución*— que amenaza con acabar con todo vestigio de la vieja república estadounidense. El imperio fue forzado por la élite gobernante (republicana y también demócrata) a una injustificable «transformación fundamental» que acabó con la anterior política diplomática, para sustituirla por una nueva política militarista. Este militarismo se presenta camuflado por un lenguaje edulcorado que nos habla de las intervenciones humanitarias, de la difusión de la democracia de mercado, de la guerra abierta contra los cárteles de la droga latinoamericanos y contra los movimientos autóctonos de reforma política, del aislamiento de los ‘estados canallas’, del liderazgo de una

³² JOHNSON, *op. cit.*, p. 7.

³³ *Ibid.*, p. 63.

³⁴ Como el libro de Johnson fue escrito al inicio del mandato de Bush, en los primeros años dos mil, hay que suponer que esa «revolución» aún no ha finalizado dado que la política militarista de la Administración USA continúa siendo la misma que la de los años noventa, si no está siendo intensificada. A mitad de marzo de 2006, tres años después de la ofensiva belicista y del inicio de la ocupación militarista de Irak, se presentó la nueva «Estrategia Nacional de Seguridad de Estados Unidos» en un documento que de forma sintomática empieza con estas palabras de G.W. Bush: «My fellow Americans, America is at war» (BUSH, G.W., *The National Security Strategy of the United States of America*, www.whitehouse.gov/nsc/nss/2006). De forma simultánea, el ejército estadounidense realizaba en la zona de Samarra (Irak) la mayor de las operaciones bélicas efectuada —según la prensa internacional— desde mayo de 2003.



interminable ‘guerra contra el terrorismo’ y, por último, de la intervención ‘preventiva’ contra cualquier poder potencialmente hostil que amenazara con conseguir los tipos de armas de destrucción masiva que Estados Unidos ha desarrollado primero y desea seguir monopolizando³⁵. Johnson cita unas significativas palabras de Arthur Schlesinger de 2002: «Uno de los sucesos más asombrosos de los últimos meses es la presentación de la guerra preventiva como un instrumento legítimo y moralmente válido de la política exterior estadounidense [...] Durante la guerra fría, se descartaba a los defensores de la guerra preventiva, que eran considerados unos chiflados [...] Después del desmoronamiento de la Unión Soviética, todos dieron gracias al cielo porque los locos de la guerra preventiva nunca hubieran llegado a gobernar ningún país importante. Hoy, desgraciadamente, parecen estar en el poder en Estados Unidos»³⁶.

Tercero. El nuevo imperio militarista fue siendo construido poco a poco desde la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría, y de forma decidida durante la década de los noventa. Debe ser entendido como «un inmenso complejo de intereses, compromisos y proyectos» que ha acabado haciendo surgir también una «nueva cultura política». Se trata de «un imperio de bases permanentes —escribe— que abarca todos los continentes del globo e incluye bases navales, aeropuertos militares, guarniciones del ejército, puestos de escucha para el espionaje y enclaves estratégicos»³⁷. «Hacia septiembre de 2001, el Depar-

³⁵ JOHNSON, *op. cit.*, pp. 30-31. Es importante subrayar que esta transformación se produce desde 1989, es decir, desde antes de la invasión iraquí de Kuwait y la guerra estadounidense contra Irak y, por supuesto, mucho antes de los atentados de 2001. Aunque no insistiré más en la génesis y diacronía de la instauración del nuevo imperio, he de decir que considero crucial esa fecha de 1989: marca la discontinuidad entre un antes y un después, entre el protoimperio y el imperio militarista. De ahí que haya dicho que la posterior fecha del 11-S de 2001 es desde el punto de vista del militarismo sólo una fecha bisagra dentro del período del nuevo imperio, una fecha que señala el paso de la fase del predominio del encubridor discurso de la globalización al explícito discurso del militarismo. Pero los hechos son testarudos y no siempre son encubiertos: «Los estadistas americanos —escribe Johnson— se movilizaron con notable rapidez para asegurarse de que el desplome de la Unión Soviética no afectara al presupuesto del Pentágono ni a la ‘posición estratégica’ que habíamos conquistado en el mundo en nombre del anticomunismo. Poco después de la caída del muro de Berlín y mientras la Unión Soviética se desintegraba, Dick Cheney, el jefe del Pentágono, insistió en incrementar el gasto militar. En enero de 1990, Michael R. Gordon, corresponsal de The New York Times, informó de que ‘en opinión de Cheney, la cual comparte el presidente Bush, Estados Unidos continuará necesitando una gran armada para afrontar conflictos menores y amenazas a los intereses norteamericanos en lugares como Latinoamérica y Asia’. Dos meses después, cuando la Casa Blanca reveló al Congreso un nueva Estrategia de Seguridad Nacional, describió al Tercer Mundo como probable foco de conflictos: ‘En la nueva era, prevemos que nuestro poderío militar continuará siendo un pilar esencial del equilibrio global, aunque de forma menos destacada y de diferentes maneras’ [...] La Estrategia de Seguridad Nacional de 1990 —continúa Johnson— preveía asimismo la necesidad de ‘reforzar nuestras unidades avanzadas ya desplegadas y de proyectar nuestro poder en aquellas áreas en las que no contamos con una presencia permanente’, sobre todo en Oriente Próximo, ya que ‘el mundo libre depende del suministro energético proporcionado por esta región fundamental’» (*Ibid.*, p. 29).

³⁶ *Ibid.*, pp. 12-13.

³⁷ *Ibid.*, p. 31.





tamento de Estado reconocía la existencia de, al menos, 725 bases militares estadounidenses en el exterior. En realidad, son muchas más —dice—, dado que algunas existen en forma de arrendamientos, acuerdos informales y distintos tipos de disfraces»³⁸. «Entran dentro del ámbito del ejército permanente [...] y demandan continuamente recursos [...] al tiempo que son, de hecho, casi siempre inadecuadas para hacer la guerra»³⁹.

Cuarto. Las bases militares «no están bajo el control de un funcionario colonial ni del ministro de Asuntos Exteriores, sino del Departamento de Defensa, la Agencia Central de Inteligencia, la Agencia de Seguridad Nacional, la Agencia de Inteligencia de la Defensa, así como de una pléthora de otros organismos oficiales, y en ocasiones, secretos»⁴⁰. «Aunque difieren de las colonias desde el punto de vista estructural, legal y conceptual, los enclaves militares estadounidenses en el extranjero son en sí mismos una especie de microcolonias, en el sentido de que se encuentran por completo fuera de la jurisdicción del país ocupado»⁴¹. Hasta septiembre de 2001, Estados Unidos había reconocido públicamente la existencia de acuerdos con 93 países, «si bien algunos tratados resultan tan embarazosos para la nación anfitriona que se mantienen en secreto, en especial en el mundo islámico»⁴². «Estas ciudades-estado militares enseñan a la juventud americana a ser arrogante y racista e inculcan en ella los ingredientes básicos de la idea de superioridad racial»⁴³.

Quinto. No se deben confundir «estamento militar» y «militarismo». El *militarismo* es un «fenómeno que tiene lugar cuando las fuerzas armadas de un país colocan su preservación institucional por encima del objetivo de la seguridad nacional o de su compromiso con la integridad de la estructura de gobierno de la que forman parte»⁴⁴. Las instituciones militaristas tienden por naturaleza a desplazar a todas las demás instituciones del gobierno encargadas de la política interna y de las relaciones con otros países, y eso es lo que está ocurriendo en los Estados Unidos con el Pentágono, la CIA («el ejército privado de los presidentes», como la llama Johnson) y otras agencias con cometidos militares⁴⁵.

Y *sexto.* Estados Unidos cumple los tres indicadores que acostumbran a señalar la aparición del militarismo: el surgimiento de una clase de militares profesionales y la posterior glorificación de sus ideales, la preponderancia de oficiales militares y los representantes de la industria armamentística en altos cargos gubernamentales, y la devoción por políticas en las que la prepara-

³⁸ *Ibid.*, p. 11.

³⁹ *Ibid.*, p. 33.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 46.

⁴¹ *Ibid.*, p. 45.

⁴² *Ibid.*, p. 46.

⁴³ *Ibid.*, p. 34; también pp. 173-208.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 32.

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 112-149.

ción militar se transforma en la más alta prioridad del estado⁴⁶. En el año 2000 Estados Unidos contaba ya con medio millón de soldados, espías, técnicos, profesores, contratistas y trabajadores civiles, así como una docena de destacamentos militares en portaviones en todos los océanos y mares del mundo. El gasto militar ascendió a 798.000 millones de dólares, y el arsenal nuclear contaba en conjunto con casi 19.000 ojivas de diferentes clases⁴⁷.

Estos seis puntos son una muy escueta síntesis de lo que es ahora el imperio militarista de nuevo tipo —de bases, no de colonias— que dicta los destinos de la humanidad entera. Las ideologías ultraliberal y ultraconservadora en alianza, con sus respectivos discursos sobre la globalización capitalista y el imperialismo democrático, son las llamadas a legitimar el *statu quo*. Johnson recuerda, sin embargo, que lo ocurrido al final de la Guerra Fría en Estados Unidos no fue ni obligado ni necesario, sino tan sólo una contingencia histórica, la típica contingencia a la que suelen arrastrar las realidades imperiales. Y señala que «no está escrito en ninguna parte que Estados Unidos, en su modalidad de imperio mundial, deba durar para siempre»⁴⁸. No deseo entrar en predicción o pronóstico alguno sobre el futuro del actual imperio mundial, aunque la literatura al respecto no sea pequeña (baste recordar los análisis críticos de Samir Amin, Giovanni Arrighi, Peter Gowan, Antonio Negri —con matices muy especiales—, David Harvey e Immanuel Wallerstein, entre otros mucho más complacientes, que insisten en las autocontradicciones, sobre todo económicas⁴⁹, del nuevo imperio). Tan sólo citaré aquí el «diagnóstico» que hace el mismo Johnson —«autopsia», llega a denominarlo—, ya que difiere algo de las perspectivas más conocidas. Este autor liberal escribe con sobriedad:

El crecimiento del militarismo y del secretismo oficial es probablemente un fenómeno irreversible, como también pienso que es irreversible el abandono de la creen-

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 70-78.

⁴⁷ No voy a insistir aquí en el recuento de las guerras emprendidas por Estados Unidos. Baste con recoger el punto de vista de Johnson: «A medida que el imperio americano crece, vamos a la guerra con una frecuencia significativamente mayor que antes de la guerra fría y durante ella [...] Después del desmoronamiento de la Unión Soviética, comenzamos a emprender guerras a una velocidad creciente, y los objetivos que se declararon públicamente fueron cada vez más engañosos y menos convincentes» (*Ibid.*, p. 238). El militarismo, pues, carecería de sentido sin el «belicismo» (sobre la relación de militarismo y belicismo véase más adelante la nota 29). Por otra parte, Johnson no tuvo tiempo de recoger en su libro la información sobre la práctica sistemática de la tortura en cárceles como la de Abú Ghraib, en Irak, que salió a la luz con las fotos publicadas por la CBS el 28 de abril de 2004. Y tampoco, claro está, pudo conocer las informaciones —divulgadas por *The Washington Post* el 2 de noviembre de 2005— sobre la existencia de «cárceles secretas» en las bases, incluyendo algunas en Europa, y las dadas a conocer —por la RAI el 7 de noviembre de 2005— sobre el uso de armas químicas (fósforo blanco) en Faluya, Irak, en el otoño de 2004.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 21.

⁴⁹ Emmanuel Todd enfoca, sin embargo, la «descomposición del sistema norteamericano» con insistencia en las autocontradicciones políticas (*Después del imperio. Ensayo sobre la descomposición del sistema norteamericano*, Madrid, Foca, 2003).



cia en ‘el justo respeto al juicio de la humanidad’, al que se refiere la Declaración de Independencia que compromete a Estados Unidos. Haría falta una revolución para que el Pentágono volviera a estar bajo control democrático, o para acabar con la Agencia Central de Inteligencia⁵⁰.

La exigencia de equilibrio reflexivo entre sentido de la realidad y sentido de la posibilidad nos marca, pues, que la realidad del nuevo imperio militarista es incuestionable, al tiempo que su contingencia también parece indiscutible, perdure más o menos en el tiempo, además de que su incapacidad de autorreforma es patente, al menos de momento. Si esto fuese así —y las razones dadas parecen indicarlo— las amenazas para cualquiera de los órdenes cívico/ciudadanos realmente existentes en el mundo son enormes, lo mismo que lo son los obstáculos para su instauración allí donde no los hay. He aquí la gravísima encrucijada en que se encuentra la humanidad. Las vías de resolución de este gran reto epocal habrán de seguir entonces eliminando escollos y realizando en primer lugar —a mi juicio— infinidad de acciones práctico-teóricas contra el militarismo y la violencia belicista, acciones que vayan en la dirección de la institucionalización del autogobierno soberano, la democracia deliberativa y la justicia equitativa.

En cualquier caso, la importancia de esta interpretación no puede escapar a nadie. Con lo dicho hasta ahora espero haber dejado sentados de manera algo convincente los fundamentos que dan pie a una *segunda tesis: en la lucha por la supremacía mundial, el poder del nuevo imperio es primariamente militarista*. Queda implícito que *el militarismo⁵¹ constituye una matriz política coercitiva que sobredetermina tanto al suborden capitalista mundial y resto de subórdenes como al orden mundial íntegro —que así trata de perpetuarse como un incívico orden planetario—*.

⁵⁰ JOHNSON, *op. cit.*, p. 19.

⁵¹ Aunque no incorporaré aquí la problemática del «belicismo», hay que decir que militarismo y belicismo no son lo mismo. En dos palabras, se puede decir que el militarismo es a la amenaza de violencia lo que el belicismo es a la violencia en acto. Quiero esto decir que el militarismo sin belicismo estaría vacío y carecería de toda credibilidad, mientras que el belicismo sin militarismo sería ciego y dejaría de ser un recurso concreto y ejemplificador extremo. Así, en relación a la guerra, el belicismo puede entenderse como ese momento extraordinario que se conoce como «guerra caliente» (esto es, enfrentamiento mediante la violencia directa, ilegítima y generalizada de alta intensidad), y el militarismo como su momento ordinario o «guerra fría» (es decir, disuasión mediante la violencia indirecta, ilegítima y generalizada de baja intensidad). De este modo, los «estados de guerra ni caliente ni fría» resultan ser aquellos que combinan y alternan ambos momentos, el extraordinario y el ordinario. Sobre estos aspectos y sobre la ilegitimidad de la guerra puede verse: RÓDENAS, P., «Repensar la guerra (Legitimidad y legitimación de las nuevas formas de violencia bélica)», en B. RIUTORT, *op. cit.*; y también MUGUERZA, J., «De Bello Mesopotámico o ¿qué hace una chica como tú en lugar como éste? (La ética ante la guerra de Irak)», en C. ROLDÁN y otros (eds.), *Guerra y paz en nombre de la política*, Madrid, Calamar, 2004.



III. EXCESOS INTERPRETATIVOS: ECONOMICISMO CATASTROFISTA Y ONTOLOGISMO REVOLUCIONARISTA

Retomo la pregunta inicial: ¿cómo hemos de interpretar entonces la estructura política del mundo social así nucleado por el militarismo imperial en tanto que contexto determinante de la vida de los individuos/personas reales? Recuerdo aquí que adelanté que el nuevo orden geo y biopolítico mundial debe ser interpretado —a mi juicio— como un mundo de sociedades glocalizadas del imperio. Este mundo es, en los términos de Wallerstein, el sistema-mundo de la modernidad contemporánea, el contexto-mundo tardomoderno. Sin embargo, Wallerstein y algunos de los otros autores críticos antes mencionados sostienen una concepción predominantemente económica del nuevo imperio, y no valoran de forma satisfactoria —en mi opinión— los restantes elementos arquitectónicos, disciplinares y coercitivos que lo caracterizan⁵², elementos a los que luego me referiré. De esa manera, centrados en lo que consideran la primacía de la economía (rondando así el determinismo economicista típico de las interpretaciones ortodoxas de los clásicos de la economía y de la obra de Karl Marx), no sólo hacen análisis de desigual interés de la economía-mundo capitalista. También aventuran, con cierto exceso de optimismo —o de catastrofismo, según se vea—, su decadencia⁵³.

Así, por ejemplo, a pesar del mucho interés que tiene la interpretación que hace David Harvey de la estructura económica del nuevo imperio (una estructura formada a través de un *proceso de acumulación por desposesión mediante privatización*, proceso que resulta de la combinación de las lógicas espaciales y temporales del poder político y el económico entrelazados), su análisis es un buen ejemplo del economicismo catastrofista al que me refiero. Lo que hace Harvey en principio es —a mi juicio— llamar la atención sobre el *mecanismo coercitivo* del empleo de la violencia belicista en el ámbito de la materialidad, pues la «desposesión» económica sólo se puede realizar mediante un

⁵² En 2002 Wallerstein ha reconocido el carácter militarista del imperio al escribir: «Sin duda, la carta más fuerte de Estados Unidos sigue siendo la militar; de hecho es la única carta» (WALLERSTEIN, *op. cit.*, p. 44).

⁵³ Además de este optimismo doblado de catastrofismo, el economicismo al que tienden algunos de estos intérpretes les hace seguir confundiendo imperialismo económico —en tanto que política expansionista explotadora— e imperialismo militar —en tanto que política expansionista opresora—, de modo que su caracterización del imperialismo se centra en la primera de estas políticas, que luego es confundida con la segunda, sin que ninguno de los dos se corresponda con ningún imperio contemporáneo. Un ejemplo elocuente es el de Samir Amin, crítico de la «alienación economicista» pero incapaz en su obra tardía de identificar con nitidez al nuevo imperio estadounidense a partir de su determinante naturaleza militarista. Así, su crítica apunta a un «imperialismo colectivo» (es decir, a un imperialismo sin imperio), expresión esa con la que se refiere a la tríada de potencias capitalistas hegemónicas (Estados Unidos, Europa y Japón) consideradas de alguna manera —aun con contradicciones— como si fuesen un único todo político-militar (AMIN, S., *Más allá del capitalismo senil. Por un siglo XXI no-americano*, Barcelona, El Viejo Topo, 2003, y *Por un mundo multipolar*, Barcelona, El Viejo Topo, 2006).





acto de imposición política. De ahí que acabe su análisis con un capítulo dedicado al paso «Del consentimiento a la coerción»: en él se ve obligado a reconocer que «Estados Unidos ha renunciado a la hegemonía mediante el consentimiento y recurre cada vez más a la dominación por coerción»⁵⁴. De este modo, el llamado por Harvey «imperialismo capitalista» resulta ser de forma primordial un imperialismo militarista no del todo reconocido. Tal vez por eso, respecto al pronóstico sobre su futuro, de forma apresurada escribe: «El impulso militarista aparecerá entonces como última iniciativa desesperada de Estados Unidos para preservar su dominio global a cualquier precio»⁵⁵. Y, ya precipitándose en demasía, propone como alternativa un simplismo sorprendente: «La única solución posible [...] sería un regreso a un imperialismo con un ‘New Deal’ más benevolente [...] dirigido por Estados Unidos y Europa»⁵⁶.

Sin embargo, quizá haya sido Wallerstein uno de los primeros en exagerar la perspectiva decadente de los ciclos futuros: «Podemos decir —ha escrito— que la economía-mundo capitalista ha ingresado en una crisis final, una crisis que podría durar cincuenta años. La verdadera pregunta que tenemos ante nosotros es qué sucederá durante esta crisis, en esta transición del actual sistema-mundo a otro tipo de sistema o de sistemas históricos»⁵⁷. Los intérpretes del «imperialismo (económico) sin imperio (político)» permiten de esta manera que su optimismo anticapitalista olvide que la tendencia limitada del análisis económico no autoriza a que se hagan generalizaciones extraeconómicas generalizadoras, porque el análisis entonces termina por confundir la parte con el todo, incurriendo de facto en lo que se puede denominar «economicismo» (por mucho que éste sea al tiempo criticado). Antes del 11-S de 2001 ya Leo Panitch se había referido —con poco éxito, según se observa— al «nuevo estado imperial», señalando que no sólo «los estados, y sobre todo el más poderoso de ellos, han desempeñado un papel activo, con frecuencia crucial, en el advenimiento de la globalización», sino que también «se les encomienda cada vez más la tarea de mantenerla»⁵⁸. Ignorarlo es hacer que la crítica del ultraliberalismo —el mal llamado «neoliberalismo»— se haga desde las mismas premisas que se rechazan: el sometimiento de la política a la economía.

Al igual que Wallerstein y Harvey, Giovanni Arrighi ha tenido que reconocer, siguiendo una idea de Charles Tilly (sobre la «protección» ante la amenaza de violencia), que:

la Administración de Reagan inició la transformación de la protección legítima en chantaje mafioso [...] [y ésta] prosiguió con otros medios durante la presidencia de Clinton, [pues] los neoconservadores de la Administración de Bush no son quienes iniciaron la transformación de Estados Unidos de un protector legítimo en un chantajista mafioso⁵⁹.

⁵⁴ HARVEY, *op. cit.*, p. 152.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 156.

⁵⁶ *Ibid.*, pp. 157-8.

⁵⁷ WALLERSTEIN, *op. cit.*, pp. 85-86.

⁵⁸ PANITCH, L., «El nuevo Estado imperial», *New Left Review* 3: 5-18, 2000, p. 5.

⁵⁹ ARRIGHI, G., «Comprender la hegemonía», *New Left Review*, 32: 20-74 y 33: 24-54, 2005 (33, pp. 50-52).

Sin embargo, su optimismo negativo le hace partir de una idea demasiado apresurada: «Habría sido difícil imaginar un fracaso más rápido y completo del proyecto imperial neoconservador. Muy probablemente, la apuesta neoconservadora por la supremacía global quedará inscrita en la historia como una de las ‘burbujas’ que marcaron la crisis terminal de la hegemonía estadounidense»⁶⁰. Como se observa, Arrighi minusvalora el hecho de que la apuesta por la supremacía global no es sólo neoconservadora, sino también ultraliberal. Y además compartida en todos sus aspectos de fondo por el clintonismo. Ésta es la razón por la que Alex Callinicos ha subrayado que:

Debería quedar claro que resulta más que simplista calificar los planes de la Administración norteamericana de irracionales [...] [pues] la estrategia del equipo de Bush se basa en una lectura bastante acertada de las amenazas económicas y geopolíticas a las que se enfrenta el capitalismo norteamericano a largo plazo, y conlleva la decisión de utilizar el 11-S y la actual supremacía militar norteamericana para inclinar más a su favor la distribución global del poder económico y social⁶¹.

Y de una manera mucho más minuciosa lo ha planteado Robert Pollin, en una mirada que es igualmente amplia respecto a la política económica estadounidense. Su interpretación arranca estableciendo que:

no se puede achacar a la Administración de Bush la responsabilidad de los graves desequilibrios financieros que se habían acumulado durante la década de 1990, ni de la recesión, que había comenzado de hecho antes de que Bush tomara posesión de su cargo. Tampoco podemos achacar a Bush los escándalos contables y otras prácticas fraudulentas de las empresas que comenzaron a salir a la luz después de que la prestigiosa empresa tejana de energía Enron se hundiera en el oprobio en el otoño de 2001, arrastrando con ella a la firma de auditoría Arthur Andersen, que era una de las cinco mayores del ramo⁶².

El nuevo imperio, tanto en su aspecto militarista, como ya establecimos, como en su actual cara capitalista, como queda establecido ahora, no parte de la llegada al gobierno de George W. Bush, y menos aún del 11-S. Además, al analizar los «contornos del declive» económico, Pollin no sólo es crítico; también evita suscribir una perspectiva apocalíptica al no presuponer que las contradicciones internas del capitalismo lo han de llevar *necesariamente* a la tumba⁶³. De ahí que analice

⁶⁰ *Ibid.*, p. 24.

⁶¹ CALLINICOS, A., *Los nuevos mandarines del poder americano*, Madrid, Alianza, 2004, p. 137.

⁶² POLLIN, R., *Los contornos del declive. Las fracturas económicas de la economía estadounidense y las políticas de austeridad global*, Madrid, Akal, 2005, p. 14.

⁶³ A los teóricos de la decadencia no está de más recordarles estas palabras de Robert Heilbroner en *El capitalismo del siglo XXI*: «Permítaseme presentar una propuesta herética: la coincidencia en el pesimismo respecto a las perspectivas del capitalismo a largo plazo expresa los recelos morales de quienes intentan justificar profesionalmente el orden social en que viven. Es posible que la perspectiva problemática que prevén para el capitalismo no surja sólo de la mala conciencia, pero sospecho que la mala conciencia la refuerza vigorosamente» (HEILBRONER, R., *El capitalismo del siglo XXI*, Barcelona, Península, 1996, p. 112).



tanto las opciones de recuperación que puede tener la economía estadounidense en manos de gobiernos ultraliberales y neoconservadores —por ejemplo, pasando a ejecutar políticas públicas que contengan la caída del dólar— como «otras vías de desarrollo» posibles —a partir del «esbozo de un programa igualitario» que ponga el acento en las regulaciones laborales y financieras⁶⁴.

En fin, Michael Hardt y Antonio Negri son teóricos de lo que —a diferencia de los autores anteriores— se podría denominar «imperio sin imperialismo». De una manera similar a la de los otros apresurados predictores del ocaso imperial, aunque desde una inmanencia ontológica que enfatiza de modo hegeliano la «producción», titulan la última parte de su conocida obra *Imperio* con el rótulo de «Decadencia y caída del imperio». Allí es la «multitud», una creación dialéctica del propio imperio, quien habrá de enterrarlo:

Ésta es la novedad esencial de la situación imperial. El imperio —escriben— crea un potencial para la revolución mayor que el que crearon los regímenes modernos de poder porque nos presenta, junto con la maquinaria de mando, una alternativa: el conjunto de los explotados y sometidos, una multitud que se opone directamente al imperio, sin que nada medie entre ellos. De modo que ahora, como dijo San Agustín, nuestra tarea es analizar [...] 'el ascenso, el desarrollo y los fines a los que están condenadas las dos ciudades [...] que ahora encontramos entretreídas [...] y entrelazadas entre sí'⁶⁵.

Esta dialéctica revolucionarista, teleológica y teológica, completamente especulativa, tampoco cabe en el marco de la interpretación que estamos presentando, por su escasez de base empírica y su exceso de fe ecuménica. No es extraño que Danilo Zolo haya querido hacerle diferentes objeciones (en un diálogo que sostuvo con Negri, en 2002). Así, entre otras, le manifestó estas cuatro, plenamente acertadas a mi juicio:

- i) «A mi parecer, el hecho de que el poder de mando y la influencia de Estados Unidos se propaguen por todo el mundo hasta convertirse en un poder global [...] no se contradice con el hecho de que dicho poder esté territorial y culturalmente ubicado en Estados Unidos y de que pueda identificarse con la superpotencia americana también en el plano simbólico»⁶⁶.
- ii) «Sostenéis que los poderes 'globales' del imperio deben ser controlados, pero no demolidos. La constitución imperial debe preservarse y dirigirse hacia otros objetivos [...] la construcción del imperio es 'un paso adelante'; el imperio, habéis escrito, 'es mejor que lo que le ha precedido' porque 'barrre los crueles regímenes del poder moderno'. No logro compartir ese optimismo dialéctico»⁶⁷.

⁶⁴ POLLIN, R., *op. cit.*, pp. 177-196 y 217-224.

⁶⁵ HARDT, M. y NEGRI, A., *Imperio*, Barcelona, Paidós, 2002, pp. 357.

⁶⁶ NEGRI, A., *Guías. Cinco lecciones en torno a 'Imperio'*, Barcelona, Paidós, 2004, p. 30.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 32.



- iii) «En vuestras páginas, el Impero parece desvanecerse en una suerte de ‘categoría del espíritu’: está, como Dios, presente en todas partes, porque coincide con la nueva dimensión de la globalidad. Pero se podría objetar que si todo es imperial, nada es imperial. ¿Cómo identificar a los sujetos supranacionales [...] imperiales para convertirlos en objeto de una lucha global? ¿Contra quién dirigir la crítica y la resistencia antiimperialista [...]? ¿Se trata de un Imperio que no ejerce un poder político-militar? ¿Se expresa sólo mediante instrumentos de coacción económica o, a lo sumo, ideológica?»⁶⁸.
- iv) «Para mí ‘multitud’ —remachó— es un concepto escurridizo, el menos feliz de todo el arsenal conceptual de *Imperio*. En ningún lugar de la obra proponéis una definición analítica de dicho concepto —sobre la base de categorías político-sociológicas— [...] En lugar del análisis [...] hallamos exaltaciones enfáticas de la ‘potencia de la multitud’—su poder para ‘ser, amar, transformar y crear’— y de su ‘deseo’ de emancipación»⁶⁹.

Si, en cambio, lo postulado en *Imperio* por Hardt y Negri se entendiese —al margen de su propia interpretación— como un horizonte contrafáctico posible, he de decir que algunos aspectos de su concepción imperial no carecerían de interés: la imaginaria transición hacia una soberanía global —que iría desde la soberanía estadounidense y demás soberanías reales de las restantes potencias hacia otra que no se sustentaría en fronteras o barreras fijas, de modo que las sociedades estarían conformadas por un aparato de dominio descentrado y desterritorializado en permanente expansión— supone un escenario hipotético a no perder de vista, aunque en tanto que disutópico nunca debería ser tan apreciado como lo aprecian sus autores (o los defensores del «imperio benigno»).

IV. TESIS INTERPRETATIVA: MUNDO DE SOCIEDADES GLOCALIZADAS DEL IMPERIO

En cualquier caso, si el orden político mundial no se *corresponde* con un imperio descentrado y desterritorializado (a lo Hardt y Negri), tampoco se *reduce* al mero imperio militarista-capitalista estadounidense. Y menos aún *es* un conjunto amorfo de entidades políticas —llámeselas estados, naciones o como se quiera— completamente separadas e independientes entre sí. Retomo entonces la pregunta inicial —y, ahora sí, para responderla de forma directa—, la pregunta sobre *cómo hemos de interpretar la estructura política del mundo actual*, en su red de micro-órdenes diversos y determinantes de la vida de los individuos/personas reales. Adelanté al principio que

⁶⁸ *Ibid.*, p. 26.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 37. El libro de Hardt y Negri, *Multitud*, trata de responder a algunas de estas —y otras— objeciones, reintroduciendo —nunca es tarde si la dicha es buena— el problema de la violencia y de la guerra (HARDT, M. y NEGRI, A., *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*, Madrid, Debate, 2004).

el contexto/mundo planetario en el que habitamos debe entenderse como un *mundo de sociedades glocalizadas del imperio*. Quiero insistir en el porqué de esta expresión, que resulta de una particular unión de cuestión de *lo que vemos* (el «imperio» como contenido articulador de la red del contexto/mundo) y de *cómo lo miramos* (la «glocalización» como la perspectiva que nos presenta la red en sus formas)⁷⁰. Surgirá así la exploración que lleva a la última tesis interpretativa que voy a plantear.

De un lado, el mundo del presente es un espacio de *sociedades del imperio* («sociedades» en plural, «imperio» en singular) en tanto que como contexto/mundo es *visto* como un orden de órdenes instituidos y condicionados de una u de otra forma —formas que son siempre de mayor o menor interdependencia asimétrica— por el predominio del militarismo imperial. Este militarismo actúa desde el núcleo de la estructura general del macro-orden. Quiere esto decir que la relación entre las sociedades es una relación compleja mediatizada por esa médula determinante. Las soberanías en este sentido dejan de ser soberanas, y pasan a estar subordinadas a los intereses imperiales. Éste es un punto de partida que ya no puede ser negado con facilidad por las interpretaciones moralistas, realistas y universalistas que están monopolizando el análisis occidental de las relaciones internacionales. (Llamo «moralistas» a las interpretaciones fundamentalistas de las relaciones internacionales basadas en valores exclusivos y exclusivistas que se desea imponer a toda costa; interpretaciones «realistas» a las que, en cambio, defienden de forma acrítica el actual equilibrio de poderes; e interpretaciones «universalistas» a las que propugnan parámetros ecumenistas, en vertiente cosmopolita o en vertiente imperialista, unilateralista o multilateralista, según los casos)⁷¹. Este punto de partida también ha de ser aceptado entonces por la interpretación constructivista que suscribo, que es una interpretación que difiere de modo rotundo de las perspectivas moralistas y que diverge de un modo matizado de las perspectivas realistas y universalistas.

⁷⁰ En la denominación del actual mundo social como «mundo de las sociedades glocalizadas del imperio» he hecho que la visión —como cuestión cognoscitiva de articulación y contenido— se fije en lo nuclear, de modo que se tope por así decir con el «imperio», al tiempo que la mirada —como cuestión cognoscitiva de perspectiva y forma— la hago al conjunto de la red periferia-núcleo, con lo que descubre los nexos de la «glocalización».

⁷¹ Serían «moralistas» (en realidad, «ultramoralistas») las interpretaciones fundamentalistas como las que podían suscribir Sharon (mientras gobernó) y suscriben sus halcones herederos, Bush y sus think-tanks, etcétera, o las interpretaciones opuestas y simétricas de Bin Laden y sus fanáticos. «Realistas» (o, tal vez mejor, «ultrarrealistas») serían, en cambio, las que defienden un «equilibrio de poderes» como el que de hecho asume la mayoría de dirigentes de la «vieja» Europa y sus intelectuales orgánicos (cabe además la posibilidad de interpretaciones «realistas críticas», en línea con la de Danilo Zolo). Y serían «universalistas» (o «ultrauniversalistas») en vertiente «cosmopolita» las que defienden autores como Norberto Bobbio, John Rawls y Jürgen Habermas, así como en vertiente «imperialista» las de autores como Niall Ferguson, Joseph Nye y Robert Keohane. Ni que decir tiene que lo interesante de esta tipología abstracta es observar sus cruces e hibridaciones: por ejemplo, la de los «realistas moralistas», que llegan desde derechistas como Kristol, Kagan y Fukuyama hasta las derivas últimas de pensadores como Huntington, Walzer y Sartori, o la de los «realistas universalistas» de tipo socialdemócrata, al estilo de Barber, Held, Beck, etcétera, «políticamente correctos» con la retórica de los derechos humanos.



Por eso, de otro lado, nuestro mundo es también un espacio de *sociedades glocalizadas*, en plural, dado que cada una de las sociedades del planeta ha de *mirar* a las demás —y es *mirada* por ellas— de una forma que está mediatizada por la unipolaridad militarista. Lo «glocal» implica una relación específica sobredeterminante de lo «global» hacia lo «local»⁷². No cabe sostener una mirada hacia lo *local* eximiéndolo de esa presión sobredeterminante que ejerce lo global, y tampoco mirar hacia lo *global* desde el «punto de vista de ninguna parte». Es decir, un microorden cualquiera, es decir, el orden político de cada sociedad, en su específica concreción espacio-temporal, ocupa siempre un lugar particular, una *posición* específica en la *situación* del contexto/mundo, en cuyo centro de poder manifiesto se sitúa de forma irremisible —repito— el complejo militarista estadounidense.

La interdependencia asimétrica del núcleo con sus distintas periferias se da mediante la adopción de diferentes relaciones focales de la sociedad imperial con las restantes sociedades del planeta, cada una en su posición. Surge así una tipología de relaciones imperiales que no puede ser ignorada, dado que posibilita la comprensión de la conflictividad internacional. Estas relaciones son: i) relaciones con «sociedades amigas» (unas pocas y bien conocidas: Reino Unido, Israel, Australia...); ii) relaciones con «sociedades aliadas por conveniencia» (la inmensa mayoría de los países del mundo); iii) relaciones con «sociedades aliadas en competencia» (el resto de potencias mundiales: Unión Europea, Japón, India, Rusia, China, ¿Brasil?); y iv) relaciones con «sociedades enemigas» (las del llamado «eje del mal» —Irak, Irán y Corea del Norte— más algunas otras incorporadas inmediatamente después: Afganistán, Cuba, Venezuela, Siria, Palestina, etcétera). Salirse de este sistema imperial⁷³

⁷² El término «glocal» fue introducido por Roland Robertson en su artículo «Glocalization: time-space and homogeneity-heterogeneity» (ROBERTSON, R., «Glocalización: tiempo-espacio y homogeneidad-heterogeneidad», *Zona abierta*, 92-93: 213-241, 2000). Para un análisis conceptual de la globalización alejado de las distorsiones economicistas puede verse *Globalización y cultura*, de John Tomlinson (México, Oxford University Press, 2001) y también *Globalización. Un mapa de los problemas*, de Danilo Zolo (Bilbao, Mensajero, 2006).

⁷³ Estas asimétricas relaciones son hoy por hoy, por definición, relaciones imperialistas, relaciones propias del nuevo tipo de imperio que estoy analizando. No pueden ser de otra manera si no se quiere malinterpretar la realidad. Esto es, son relaciones imperialistas porque están basadas en las políticas imperiales que satisfacen los intereses militares y diplomáticos, económicos y culturales de la Administración de Estados Unidos. De este modo, aquellos individuos, grupos o estados que tratan de impugnarlas en la medida en que les afectan (y no es lo mismo vivir hoy en Norteamérica o Europa que en África, Asia, Latinoamérica u Oceanía) han de adoptar de hecho y de derecho lo que en sentido literal son actitudes altermundialistas, esto es, actitudes contra-imperialistas (llamémoslas así ahora para diferenciarlas normativamente de lo que fue de hecho el conglomerado histórico de las actitudes antiimperialistas del siglo XX, con todas sus gangas y menas). A diferencia de aquéllas, una disposición altermundialista o contra-imperialista que hoy pretenda ser razonable y emancipadora no debe ir más allá de la proposición democrática de un conjunto de políticas de negación crítica de las políticas imperiales en este principio del siglo XXI. Porque son estas últimas las que impiden la posibilidad de nuevas y legítimas políticas de afirmación constructiva, es decir, de instauración de órdenes cívico/ciudadanos que se autodeterminen y autogobiernen, con relaciones más equitativas entre sí.

desde un punto de vista local no inducido desde el núcleo imperial, esto es, desde una perspectiva contrafocal, suele traer de facto muchas dificultades y puede generar graves problemas a las sociedades que lo intentan, problemas externos que siempre provendrán del propio imperio militarista estadounidense y sus aliados, e incluso problemas internos que podrían provenir de parte de las mismas poblaciones (por ejemplo, poblaciones contrarias a su subordinación a los intereses imperiales, pero no exentas de la tentación de apoyar aventuras fundamentalistas autoritarias de corte antimodernista). La trágica situación actual de Palestina, Afganistán e Irak es una ilustración particularmente elocuente de todo ello.

Haré aquí un excursus para ejemplificar cómo el sentido de la posibilidad es el único recurso para atenuar la falta de perspectivas y los riesgos de quedar enredados en una autocomprensión acrítica del sentido de la realidad. Y lo haré en referencia de nuevo a Rawls, pues la tipología de relaciones internacionales que éste defiende en *El derecho de gentes* no se corresponde con la que acabo de presentar, que es de tipo fáctico (por lo que incorpora también la normatividad *realizada* que *de hecho* apuntala el actual orden imperial). La suya en cambio se mueve en un plano distinto, de tipo contrafáctico, basada en una normatividad *alternativa* que *de derecho* se articularía alrededor de la idea de «pueblo liberal» en un hipotético orden mundial multipolar. Así, nos encontramos con que se postula que los pueblos liberales deben sostener relaciones diferenciadas con el resto de pueblos no liberales. A saber: i) relaciones con «pueblos jerárquicos pero decentes»; ii) relaciones con «sociedades lastradas por condiciones desfavorables»; iii) relaciones con «sociedades absolutistas pero benévolas»; y iv) relaciones con «estados proscritos»⁷⁴.

Como se aprecia, la definición de cada sociedad queda focalizada en la primera tipología —fáctico-normativa— en función de su relación de hecho con el imperio militarista (según la mirada que al propio imperio le interesa hacer en su permanente lucha por la supremacía). En la segunda tipología en cambio —contrafáctico-normativa— la definición de la interrelación de las sociedades queda focalizada desde la idea rawlsiana de «pueblo liberal» (según la mirada del derecho internacional y de algunos ciudadanos —especialmente jueces, legisladores y gobernantes— que cumplan con el «deber de civilidad» inserto en el «ideal de razón pública»)⁷⁵. De este modo, la primera diferencia entre ambas tipologías se sitúa en su asiento preferente ora en el sentido de la realidad, en el caso de la primera, ora en el sentido de la posibilidad, en el caso de la segunda.

En cualquier caso, he traído aquí esta segunda tipología tan sólo a título de ejemplo, para ilustrar cómo las relaciones internacionales necesitan de un horizonte contrafáctico alternativo. Un horizonte de este tenor tiene en primer lugar el valor de arrojar luz sobre la inadmisibilidad poli(é)tica del actual sistema de relaciones del nuevo orden mundial. Sin embargo, la tipología contrafáctico-normativa que desde el sentido de la posibilidad me resultaría más afín es necesariamente distinta

⁷⁴ RAWLS, J., *op. cit.*, p. 14.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 68.

a la de Rawls⁷⁶, ya que habría de pasar en todo caso por dos criterios que no cumple su enfoque: en primer lugar, por la *prioridad de la autoinstitución sin constricciones externas de sociedades civilizadas razonables*, es decir, habría de pasar por el respeto a la instauración de órdenes cívico/ciudadanos autónomos y soberanos, autodeterminados y autogobernados. Y habría de pasar, en segundo lugar, por el establecimiento de *relaciones con cualquier otra sociedad que no sea cívica y razonable basadas en el deber de solidaridad* con los individuos, grupos y gobiernos que luchen desde presupuestos civilizados y razonables por su transformación «pluriversalizadora»⁷⁷. En el entendido de que este deber de solidaridad va más allá del rawlsiano «deber de asistencia a los pueblos menos favorecidos» y, desde luego, no equivale —más bien resulta todo lo contrario— a ese supuesto «derecho de injerencia» con el que algunos estados tratan hoy de justificar sus agresoras políticas e injerencia militar, económica y cultural, de ocupación y expansión incluso.

Clarificados estos aspectos, retomo la cuestión de la *estructura política del nuevo orden mundial*. Su ordenamiento como espacio geo y biopolítico es un ordenamiento de *micro-órdenes* societales que comparten los cuatro *lineamientos* que más atrás señalé bajo la denominación de mundo de *sociedades informacionales del espectáculo*⁷⁸. Me refiero en concreto a las nuevas modalidades que están adquiriendo desde principios de los noventa: i) las nuevas tecnologías de la revolución informacional; ii) la nueva economía ultracapitalista reestructurada; iii) la nueva cultura consumista masificada; y iv) la

⁷⁶ No quiere esta referencia a Rawls decir que crea que se puede suscribir sin más su teoría de las relaciones internacionales. Si el estado como tal no está presente en su concepción, sustituido unas veces (con acierto) por la idea de «sociedad» y otras (no tan certeramente) por la de «pueblo», el imperio está del todo ausente. Con ello no se facilitan, desde luego, las mediaciones entre lo real y lo posible: el realismo del que parte Rawls en su «realismo utópico» resulta de entrada demasiado acrítico y embellecedor de la realidad. Éste es el primer lastre de su tipología contrafáctica. El segundo vendrá de la inconsecuente aplicación de sus principios de justicia a las relaciones internacionales. Como bien ha escrito Thomas Pogge, «la teoría internacional de la justicia de Rawls ignora las libertades básicas de las personas fuera de las sociedades bien ordenadas, trunca las libertades básicas de las personas en las sociedades decentes, y tolera la pobreza y las enormes desigualdades a lo ancho del mundo» (POGGE, T., «La incoherencia entre las teorías de la justicia de Rawls», *Revista Internacional de Filosofía Política*, 23: 28-48, 2004, p. 43).

⁷⁷ Esta perspectiva la he desarrollado en otros trabajos (RÓDENAS, P., «El ciudadano como sujeto de la política (En diálogo con Aranguren y Muguerza)», en F. QUESADA (ed.), *Naturaleza y sentido de la ciudadanía hoy*, Madrid, UNED, 2002, y «Política con razonabilidad (Una tentativa de reconstrucción programático-conceptual de lo razonable político)», en F. QUESADA (edit.), *Siglo XXI: ¿hacia un nuevo paradigma político?*, Barcelona, Anthropos, 2004). El término «pluriversalismo» (y su familia semántica «pluriversal», «pluriversalista», «pluriversalizador», etcétera) lo tomo de Danilo Zolo, en referencia a un universalismo no uniforme, multipolar y pluralista razonable («Universalismo y 'pluriversalismo' ante el nuevo orden mundial. Entrevista a Danilo Zolo», *op. cit.*).

⁷⁸ En la denominación del actual mundo social como «mundo de sociedades informacionales del espectáculo» la mirada —como cuestión cognoscitiva de perspectiva y forma— la he realizado del exterior al interior, con lo que en primera instancia tropieza con el «espectáculo», la envoltura con la que todo se presenta, mientras que la visión —como cuestión cognoscitiva de articulación y contenido— se concentra ya en lo interior (visto desde dentro) y se encuentra con el referido esqueleto de lineamientos «informacionales».



nueva violencia belicista, que encontramos en todo el orbe. No entraré aquí en ello puesto que ya lo he hecho en otros lugares. Para pasar a comprender el ordenamiento de estos micro-órdenes societales en un macro-orden político de escala planetaria (mundo de *sociedades glocalizadas del imperio* lo estoy llamando) conviene tener en cuenta dos particularidades. Los lineamientos citados no aparecen en nuestras espectaculares sociedades informacionales surgidos desde la nada. Al contrario, son lineamientos que, como líneas de fuga, son *transferidos* desde los poderes nucleares hacia las periferias, en las que son *incorporados* con formas específicas. Además, en una interpretación problematizadora como la que estoy presentando no pueden ser vistos más que como rasgos *políticos* en sentido estricto, es decir, como rasgos dinámicos resultado de las *políticas que hoy son hegemónicas* a escala mundial en los ámbitos estándar de lo social. Esto es, no se trata sólo de estructuras tecnológicas estáticamente consideradas, sino de *políticas tecnológicas*; no sólo de estructuras económicas, sino de *políticas económicas*; no sólo de estructuras culturales, sino de *políticas culturales*; no sólo de estructuras violentas, sino de *políticas violentas*, políticas todas que se están imponiendo aquí, allá o acullá de modo imperial, con mayor o menor facilidad, velocidad e incertidumbre.

Entonces, por todo lo expuesto hasta aquí diré, en síntesis, para terminar este apartado, que el mundo de la vida a escala planetaria está instituido de forma política como un *orden imperial glocalizado de sociedades informacionales del espectáculo*. Desde un triple punto de vista arquitectónico, disciplinar y coercitivo se puede considerar que el ordenamiento de las así glocalizadas sociedades del imperio pasa por tres macro-lineamientos políticos:

- i) un *macro-lineamiento geopolítico-arquitectónico*, que alude al macro-orden y los micro-órdenes surgidos del desbordamiento de las soberanías populares en dirección a una asimétrica soberanía intermercantil e interestatal de naturaleza imperial y de carácter militarista-capitalista;
- ii) un *macro-lineamiento biopolítico-disciplinar*, que señala el predominio de los nuevos estilos de la vida basados en el entrelazamiento, por un lado, de valores ultraliberales uniformizadores y, por el otro, de valores ultraconservadores de la más diversa particularidad y genealogía; y
- iii) un *macro-lineamiento político-coercitivo*, que se refiere a las diferentes modalidades que adopta la violencia belicista ilegítima de alta y baja intensidad en los distintos ámbitos de los mundos individuales y societales de la vida.

Ésa es, pues, mi *tercera tesis interpretativa*. La ecuación que la define interpreta de modo crítico-reconstrutivo que *el nuevo orden mundial ha de ser considerado como un mundo social de la vida a escala planetaria conformado por una estructura política imperial de coerción militarista y de hegemonía capitalista*. Así las cosas, la tarea política y filosófico-política se agiganta. Pero aun así, dista mucho de ser imposible, al menos cuando los individuos/personas quieren constituirse en ciudadanos conscientes y responsables y se ven abocados a la acción altermundialista por la instauración de órdenes locales contra-imperiales y pluriversalistas.

La pregunta sobre *qué se ha de hacer* cuando un orden cívico/ciudadano es impugnado, desde dentro o desde fuera, sólo puede ser respondida afirmando que



habría que empezar de nuevo. Y allí donde ese orden cívico/ciudadano nunca haya sido logrado, la respuesta seguirá siendo la misma, pues habría que continuar la tarea, la tarea de instaurarlo. En realidad, siempre se está empezando. Al respecto, una interpretación que ambicione ser *constructivo-valorativa*, de la manera en que la entiendo⁷⁹, *debe arrancar del sentido problematizador de la realidad*, como he planteado y mostrado hasta aquí, pero de forma complementaria también *debe desarrollarse con sentido propositivo de la posibilidad*, como sugerí desde el principio y recojo ahora, ya de forma breve, *buscando alternativas poli(é)ticas en sentido estricto*. Más allá de cualquier conceptualización (alrededor de nociones como «ciudadanía», «orden cívico», «imperio militarista», «sociedades glocalizadas del imperio», etcétera) y del establecimiento de criterios interpretativos de la realidad (ya sean «principios de justicia», «principios de sostenibilidad» u otros), mi concepción de las alternativas obliga a situarlas siempre, de forma glocal, esto es, obliga a pensarlas en la situación concreta de la que surgen las prácticas concretas.

Se trata así de no contradecir en la práctica la posibilidad de que puedan coexistir concepciones pluralistas razonables; se trata de reconocer que la diversidad de perspectivas no sólo es grande de hecho, sino que debe serlo de derecho; se trata de renunciar a la teorización de alternativas monológicas de largo alcance, pues su pretendida científicidad resulta dogmática. Hay que empezar entonces reconociendo que no todas las concepciones políticas moralistas, realistas y universalistas son irrazonables. Además, el pluriversalismo político, tal como lo entiendo, exige que se garantice la posibilidad de la existencia y coexistencia de concepciones diversas en conflicto y aun así razonables. Se trata de una cuestión de diferencia y unidad o de unidad en la diferencia. Un ejemplo bastante ilustrativo: hace ya unos años, Samir Amin clasificó a los movimientos altermundialistas que se reúnen en el Foro Social Mundial de Porto Alegre y otras ciudades en cuatro grandes grupos, en función de

⁷⁹ Lo que la metodología constructivo-valorativa quiere resaltar en primer lugar no es su diferencia con cualquier otra, sino su similitud de partida. Es decir, quiere enfatizar el hecho de que toda metodología, sea la que fuere, tiene una naturaleza constructivo-valorativa. Las diferencias aparecen en primer lugar cuando se niega la raíz constructiva de todo conocimiento y se desconoce que una demarcación fuerte entre juicios de hecho y de valor es impracticable en el marco de argumentaciones discursivas no fraccionadas. Al explicitar así esta unidad y esta diferencia, las interpretaciones constructivo-valorativas se hacen conscientes de tres de sus elementos: i) de que toda argumentación está inserta en un contexto plural de perspectivas cargadas de valores implícitos, perspectivas que en muchos casos no son pluralistas, ii) de que es necesario justificar cualquier adhesión a valores, normas y fines concretos, como valores, normas y fines que en todos los casos no son naturales sino que nos los damos los individuos/ciudadanos como producto de nuestras valoraciones, y iii) de que la crítica y reconstrucción de conceptos, criterios e interpretaciones, de valores, normas y fines, es una exigencia que también ha de ser puesta sobre la mesa argumentativo-deliberativa. De lo contrario se caería en la siguiente inaceptable tesis: «si sometemos nuestras convicciones más profundas a la prueba indagatoria del examen reflexivo, quizá podamos llegar a decir que nuestros valores son los correctos y están justificados». Pero esto será así «sólo porque al atenernos a ellos realizamos acciones y alcanzamos metas cuyo valor percibimos a través de la lente de los mismos valores» (FAERNA, Á.M., «Algo más que palabras. Consideraciones sobre significado y desacuerdo», en J. MUÑOZ y Á.M. FAERNA, *Caminos de la hermenéutica*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2006, p. 252).



dos únicos parámetros. De una parte, un parámetro político-económico de carácter reformador: la «radicalidad» de las regulaciones del capitalismo que reivindica cada uno de estos movimientos. Y de otra parte, un parámetro estrictamente político: la «dimensión antiimperialista» que conllevan⁸⁰.

Siendo así de amplia la diversidad de enfoques, la evolución del altermundialismo contra-imperial puede avanzar —o puede que no avance— hacia una cierta convergencia dentro de su pluralidad. Pero ésta es más una cuestión histórico-política a examinar de forma retrospectiva que una cuestión teórico-política a sentenciar de manera prospectiva, imponiendo una concepción y excluyendo otras. En todo caso, puedo añadir, para evitar juicios emotivos y precipitados, que la situación real de los movimientos altermundialistas de los últimos años no permite —a mi juicio— alimentar optimistas autoengaños y falsas ilusiones de una mayor convergencia alternativa en el marco del avance de la humanidad hacia un «tercer imaginario civilizatorio»⁸¹. Arundhati Roy ha expresado con sentido contundente de la realidad y sentido medido de la posibilidad algunas premisas que considero que hay que suscribir, a modo de resumen, y que recojo por extenso ya que rompen con el autocomplaciente progresismo occidental:

- i) A diferencia de tiempos pasados, el nuevo imperialismo no necesita caminar penosamente por el trópico arriesgándose a contraer malaria o diarrea o una muerte temprana. El nuevo imperialismo puede ser conducido a través del correo electrónico. El vulgar racismo del viejo imperialismo, que se aplicaba abiertamente, ya pasó de moda. La piedra angular del nuevo imperialismo es el nuevo racismo.
- ii) Parte del proyecto del nuevo racismo es el nuevo genocidio. En esta nueva era de interdependencia económica, el nuevo genocidio puede ser facilitado a través de sanciones económicas. Lo cual significa crear las condiciones que lleven a una muerte masiva sin tener que, efectivamente, salir a matar gente [...] En la nueva era, el apartheid, como política formal, es anticuado e innecesario. Los

⁸⁰ Así, habría un primer grupo de movimientos de «reformismo suave», propios de los centros del sistema, que «reivindican regulaciones limitadas, como las relacionadas con los derechos laborales», a los que llama el «segmento neoliberal caritativo» propugnador de un capitalismo con «rostro humano». Un segundo grupo estaría constituido por movimientos «radicales», también del centro del sistema, pero «menos fragmentarios y por ello más politizados, cuyo horizonte propone una visión más allá del capitalismo». Un tercer grupo de movimientos «antiimperialistas pragmáticos» recogería a «las fracciones de las clases dirigentes de la periferia, que si bien aceptan en principio situarse en la globalización llamada neoliberal, están también decididas a negociar con firmeza los límites de la misma». Y un cuarto grupo de movimientos «antiimperialistas radicales» buscaría lo que Amin llama desde hace muchos años «perspectiva de la desconexión, en beneficio del desarrollo nacional y popular» (AMIN, S., «Convergencia en la diversidad de los movimientos sociales», en R. DÍAZ-SALAZAR (ed.), *Justicia global. Las alternativas de los movimientos del Foro de Porto Alegre*, Barcelona, Icaria, 2202, y *La desconexión. Hacia un sistema mundial policéntrico*, Madrid, IEPALA, 1988).

⁸¹ QUESADA, F., «¿Un nuevo imaginario político?», *Revista Internacional de Filosofía Política*, 17: 5-29, 2001.

instrumentos comerciales y financieros internacionales supervisan un complejo sistema de leyes comerciales multilaterales y acuerdos financieros que mantienen a los pobres en sus bantustanes. Su propósito es institucionalizar la inequidad. ¿Por qué otra razón habría Estados Unidos de tasar una prenda hecha por un manufacturero de Bangladesh 20 veces más que lo que tasa una prenda hecha en Gran Bretaña? ¿Por qué los países que cultivan 90% del cacao sólo producen 5% del chocolate en el mundo? ¿Por qué los países que cultivan el cacao, como Costa de Marfil y Ghana, son expulsados del mercado a través de impuestos si intentan convertirlo en chocolate? ¿Por qué los países ricos, que gastan más de mil millones de dólares al día en subsidios a los agricultores, demandan que los países pobres, como la India, retiren todos los subsidios agrícolas, incluyendo la electricidad subsidiada? ¿Por qué después de ser saqueados por los regímenes colonizadores durante más de medio siglo, las ex colonias están hasta el cuello en deudas contraídas con esos mismos regímenes, y les pagan unos 382 mil millones de dólares al año?

- iii) Ninguna nación individualmente puede enfrentarse sola al proyecto de globalización empresarial. Una y otra vez hemos visto que cuando se trata del proyecto neoliberal, los héroes de nuestro tiempo de pronto se hacen chiquitos. Cuando los extraordinarios y carismáticos hombres, gigantes de la oposición, toman el poder y se convierten en cabezas del estado, se vuelven impotentes en el escenario global. Estoy pensando en el presidente Lula de Brasil. Lula fue el héroe del Foro Social Mundial el año pasado [2003]. Este año [2004], está atareado poniendo en práctica los lineamientos del FMI, reduciendo los beneficios de jubilación y purgando a los radicales del Partido de los Trabajadores. También pienso en el ex presidente de Sudáfrica, Nelson Mandela. A los dos años de su toma de posesión (1994), su gobierno se arrodilló, sin que mediara advertencia, ante el Dios del mercado. Instituyó un programa de privatización y ajuste estructural que ha dejado a millones de personas sin hogar, sin trabajo y sin agua y electricidad. ¿Por qué sucede esto? No tiene caso golpearnos el pecho y sentirnos traicionados. Lula y Mandela son, a todas luces, hombres magníficos. Pero en el momento en que cruzan el umbral entre oposición y gobierno, se vuelven rehenes de un espectro de amenazas —la más malévola es la amenaza de la fuga de capitales, que puede destruir a cualquier gobierno de la noche a la mañana—. Imaginar que el carisma de un líder y un currículum de lucha harán mella al cartel empresarial es no tener la más mínima comprensión de cómo funciona el capitalismo, o, si a esas vamos, de cómo funciona el poder. Un cambio radical no puede ser negociado por los gobiernos; sólo puede ser realizado por el pueblo.
- iv) Necesitamos urgentemente discutir las estrategias de resistencia. Necesitamos enfocarnos en blancos reales, librar batallas reales e infligir un daño real. La Marcha de la Sal de Gandhi no sólo fue teatro político. Cuando, en un simple acto de desafío, miles de indios marcharon hacia el mar e hicieron su propia sal, rompieron las leyes de impuestos sobre la sal. Fue un golpe directo al sostén económico del Imperio Británico. Fue real. Si bien nuestro movimiento ha ganado algunas victorias importantes, no debemos permitir



que la resistencia no violenta se atrofie y se convierta en un teatro político inefectivo, de buenas intenciones. Es un arma preciosa que constantemente necesita ser afilada y reimaginada. No podemos permitir que se vuelva mero espectáculo; una oportunidad de foto para los medios. Fue maravilloso que el 15 de febrero del año pasado, en una espectacular demostración de moralidad pública, 10 millones de personas en cinco continentes marcharan contra la guerra en Irak. Fue maravilloso, pero no fue suficiente. El 15 de febrero cayó en fin de semana. Nadie tuvo que perder un día del trabajo. Las protestas de vacaciones no paran las guerras. George Bush lo sabe. La confianza con la que desairó la arrolladora opinión pública debería de ser una lección para todos nosotros⁸².

V. EPÍLOGO: MILITARISMO Y BELICISMO, TRANSVERSALIDAD Y TRANSFERENCIA

Doy por terminado este texto, aunque queda inacabado el análisis, como anticipé al inicio. Porque para introducir mi *cuarta tesis* sobre la violencia belicista sería necesario, *primero*, diferenciar la noción de «militarismo» de la de «belicismo». En dos palabras, se puede decir que el militarismo es a la amenaza de violencia lo que el belicismo es a la violencia en acto. Es decir, el militarismo sin belicismo quedaría vacío y carecería de credibilidad, mientras que el belicismo sin militarismo quedaría ciego y dejaría de ser un recurso ejemplificador extremo. Así, el belicismo resulta ser el momento extraordinario de la guerra que denomino «guerra caliente» (como enfrentamiento mediante la violencia ilegítima generalizada de alta intensidad), y el militarismo el momento ordinario de la «guerra fría» (como disuasión mediante la violencia también ilegítima y generalizada pero de baja intensidad). De este modo, el estado de «guerra ni caliente ni fría» o estado de «guerra tibia» resulta ser aquel que combina y alterna ambos momentos, el extraordinario y el ordinario. Todo esto cuando nos referimos a las grandes confrontaciones humanas y su ilegitimidad⁸³.

Sin embargo, creo que hay que reservar un uso más amplio y abarcador para el término «belicismo», que es el que aparece en la noción de «violencia belicista» cuando no se reduce al ámbito de la relación militarismo-belicismo. Para ello es necesario, *segundo*, repensar las nociones de «guerra» y «violencia» —y repensarlas en sus múltiples ámbitos presenciales— a partir del punto en que las he dejado en trabajos anteriores⁸⁴. Los mecanismos de invisibilización de la violencia belicista en las actuales sociedades glocalizadas del imperio no consisten en que ésta se produz-

⁸² ROY, A., *op. cit.*

⁸³ Para una crítica de la ilegitimidad de la guerra puede verse el ya citado de Javier Muguerza, «De Bello Mesopotámico o ¿qué hace una chica como tú en lugar como éste? (La ética ante la guerra de Irak)», *op. cit.*

⁸⁴ Por ejemplo: RÓDENAS, P., «Repensar la guerra (Legitimidad y legitimación de las nuevas formas de violencia bélica)», *op. cit.*

ca de forma siempre oculta —que también: de ahí el secretismo militarista y belicista, cuyo ejemplo reciente más clamoroso bien puede haber sido el ejercicio sistemático de la tortura en las cárceles de Guantánamo, Irak, etcétera—. La invisibilización es un dispositivo de «mirar-sin-ver», de fijar la mirada en lo que está a la vista sin que sea visto: para ello se producen estudiados procesos de desinformación basados en el embellecimiento por justificación, en la trivialización por indiferencia y en la insensibilización por repetición de las acciones y hechos de la violencia belicista en todos los ámbitos⁸⁵.

De esta manera, la violencia belicista queda caracterizada como el rasgo geopolítico más específico de la sociedad-mundo imperial, a la vez que es propuesta para la conceptualización como un rasgo biopolítico central de los mundos de la vida individuales y societales. La *transversalidad* de la violencia belicista faculta así el análisis de su *transferencia* política a ámbitos convencionalmente ajenos al de la guerra, como son, además del de la política, los de la economía, el derecho y la cultura. La idea de transferencia a la que aquí aludo proviene de la teoría psicoanalítica y está relacionada con los conceptos de «identificación proyectiva», de Melanie Klein, y de «transformación proyectiva», de Wilfred Bion. La identificación proyectiva se puede entender en relación a los procesos de «transferencia» y «contratransferencia» emocional e ideacional que se producen entre analizado y analista, a partir de lo que Bion llama «transformaciones en movimiento rígido» y «transformaciones proyectivas», en tanto que procesos *inconscientes* que transportan a otro ámbito determinadas invariantes⁸⁶, procesos frente a los que cabría construir interpretaciones *conscientes* de tipo argumental.

Sin embargo, mi aplicación analógica se sale del marco terapéutico de la relación paciente-médico para situar los procesos de transferencia y contratransferencia —como decía— en las relaciones estándar entre guerra y política (desde Clawsewitz, pasando por Schmitt, hasta el presente), y también, en sentido más complejo, en las interrelaciones entre guerra, economía, política, derecho y cultura⁸⁷. La crítica interpretativa de estos procesos inconscientes de transferencia transversal de la violencia belicista en todos los ámbitos de la vida es la que abre, a partir de las mediaciones entre sentido de la realidad y sentido de la posibilidad, el camino práctico hacia un hipotético y contrafáctico tercer imaginario civilizatorio.

⁸⁵ Sobre la tortura y los mecanismos de visibilidad e invisibilidad que conlleva puede verse: «Especificidad de la tortura como trauma (‘El desierto humano cuando las palabras se extinguen’), de Marcelo Viñar, en la *Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica de Madrid* 44: 89-114, 2005).

⁸⁶ LÓPEZ CORVO, R., *Diccionario de la obra de Wilfred R. Bion*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002.

⁸⁷ RÓDENAS, P., «Los límites de la política», en F. Quesada (ed.), *Filosofía política 1. Ideas y movimientos sociales*, Madrid, Trotta, 1997.

